

[back](#)

LA TRANSICIÓN CULTURAL DE NUESTRO PAÍS

En la España de Franco, el régimen político dominaba la vida económica y cultural de la sociedad española. Por eso mismo, la transición fue ante todo una dinámica política, que vendría a transformar profundamente nuestra economía y nuestra cultura en unos pocos años.

Consideramos LA TRANSICIÓN CULTURAL DESDE LA GENERACIÓN DEL 36

El Profesor Jose Luis López Aranguren era pesimista ante el futuro de la cultura española, no veía potencialidades en la *cultura española establecida*, a la que, por lo demás, consideraba castellanista, simpatizando con el proceso de regionalización, y sin tomar en consideración idea ninguna de cultura común.

Por cultura establecida, se entendía la escuela de Menéndez Pidal, los continuadores del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, la Junta para la Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos, el Orteguismo y la Revista de Occidente, las Reales Academias en su núcleo esencial, los sucesores de la Generación del 98.

La cultura académica establecida era la castellana de las escuelas de Menéndez Pidal y de Ortega-Zubiri. En cambio, ya en los años cincuenta, Aranguren se mostró partidario y propuso recuperar los contactos con la cultura española en el exilio; una propuesta rechazada por la cultura oficial del momento en España, y que, en un comienzo, fue recibida con cierta desconfianza por parte de los exilados españoles. Sin embargo, Ferrater Mora, uno de los autores más activos en la reincorporación de la cultura en el exilio, respondió con prontitud a esta propuesta.

En consecuencia, más que dar continuidad a la cultura establecida, Aranguren proponía desarrollarla incorporando elementos culturales nuevos, que la complacencia de la cultura establecida en el periodo 1900-1930 había llevado a omitir: la gramática estructural, la gramática generativo-transformacional, la filosofía crítica de la Escuela de Frankfurt, la filosofía analítica, la sociología contemporánea. La crítica del centralismo castellanista y el reconocimiento de las diferencias culturales caracteriza la posición abierta de este moralista entrañable, que contribuyó con fuerza a animar una cultura común de tertulia, pese a no tener ninguna idea de ella.

Julián Marías expresó su confianza en la cultura establecida, que, a su juicio, daba una “cierta continuidad” a la explosión filosófico-cultural de nuestra Edad de Plata, mantenida a pesar de los cuarenta años de nacional catolicismo. El camino cultural de la España democrática no puede ser otro que el desarrollo de la cultura común establecida. por eso se mostró receloso y pesimista ante muchas dinámicas del proceso de regionalización, y cuestionó elementos centrales de la ahistórica versión nacionalista de nuestra cultura.

Ante todo, Marías se opone a la interpretación que habla de nación, de cultura o de lengua, reduciendo lo español a lo castellano, en contraposición a lo catalán, a lo vasco y a lo gallego. Frente a la tesis de Ortega “Castilla ha hecho a España y Castilla la ha deshecho”, y frente a la de Sánchez Albornoz “Castilla hizo a España y España deshizo a Castilla”, él propone que “Castilla se hizo España”. Castilla se hizo España no sólo políticamente, sino también cultural y lingüísticamente.

El español es la lengua común de todos los españoles, no la lengua de los castellanos impuesta a los demás por un Estado hostil. Entre las tentaciones del proceso de regionalización “La segunda viene de las regiones que poseen lenguas particulares, y que pueden sentir la tentación --inducida por algunos tentadores profesionales-- de iniciar una retracción respecto de la lengua común, del español; es decir, de segregarse de ese mundo hispánico que constituye una de las tres o cuatro grandes realidades de nuestro tiempo. La tentación consiste en pensar que la española no es su lengua, en vista de que tienen, además, otra (y aún en los casos en que no acaban de tenerla o con una instalación deficiente)”.

Partidario de una cultura común en continuidad con la cultura establecida, Marías entiende que el plurilingüismo español no excluye la lengua española común, y significa bilingüismo y diferencia cultural en las nacionalidades históricas.

Laín Entralgo se mostró partidario de dar continuidad a la cultura establecida, incorporando desde luego elementos nuevos procedentes de los procesos de apertura y de regionalización. Desde la tesis “Castilla hizo a España”, Laín revisó el alcance de la castellanización en el modo de ser de las gentes, la lengua, el paisaje, de las distintas regiones de España, y llegó al reconocimiento de los hechos diferenciales, como el catalán, en aquellas regiones donde no se había consumado la castellanización. En su opinión, había que deshistorizar y esencializar esas categorías. En relación a la cultura española, propuso seguir construyendo una *cultura común*, desde las diferencias lingüísticas y culturales, mediante una *comunicación de tertulia* en los momentos de apacible convivencia, que había de ser completada por una *comunicación de empresa* (en el sentido orteguiano de “concorde proyecto de una existencia comunal”) en los tiempos ásperos, como los vividos por España desde 1898. Dar continuidad a la cultura española común requiere desarrollar una comunicación de tertulia y de empresa entre las diferentes culturas y lenguas de España en la lengua española común.

El grupo de profesores autodidactas de posguerra fue aperturista, y mantuvo su sensibilidad dividida entre el optimismo y el pesimismo, entre la unidad de la cultura española y el proceso de regionalización, con el que simpatizaban de manera inequívoca. Encontramos profesores que incorporan a la cultura académica española elementos filosóficos, ante los que el orteguismo había sido refractario, mientras otros profesores del grupo recuperan elementos de nuestro pasado cultural con virtualidades en el nuevo horizonte democrático. Algunos profesores del grupo intentan reconducir el proceso de regionalización hacia una cultura común, pero los profesores integrados en las comunidades nacionalistas, por lo general, se dejan llevar o participan de manera plena en el mencionado proceso. En este periodo, y muchas veces por impulso de estos profesores, van a revitalizarse viejas sociedades de filosofía o a crearse otras nuevas: en Comunidades Autónomas como Cataluña, Castilla y León, Castilla-La Mancha, Galicia, las Islas Baleares, Valencia, Andalucía, Asturias, etc, mientras que la Sociedad Española de Filosofía va quedándose vacía y sin dinamismo.

El marxista y analítico Manuel Sacristán, que reconoció la aportación de Ortega a la cultura española, apuntaba sin embargo a la construcción de una cultura filosófica revolucionaria y antiacadémica.

En sus escritos pretendía advertir de los posibles errores de la izquierda. Para empezar, prevenía contra la pretensión socialdemócrata de emancipar a los trabajadores, adaptándose al parlamentarismo de las democracias liberales, pues el Estado democrático es capitalista y refractario a la transformación socialista de la economía. Criticaba, así mismo, el puro moverse y dar el espectáculo de un partido comunista sin meta revolucionaria definida.

Advertía, en fin, contra la anarquía y la agitación de las masas de trabajadores por parte de partidos anarquistas erráticos que rompen la disciplina y estrategia general de la izquierda.

Tenía una concepción republicana y federal de España, propia de su concepción marxista: una federación de repúblicas socialistas españolas. Simpatizaba con el proceso de regionalización y contribuyó a incorporar filosofía analítica en la filosofía en catalán. Pensó que las mayores tensiones de la sociedad española no serían ni religiosas, ni nacionalistas, sino socioeconómicas.

El Profesor JOSe Luis Abellán, discípulo de Gaos y de Aranguren, es el profesor de postguerra que ha enfrentado de manera más decidida la cuestión de la cultura española y del hispanismo. A esa cuestión, ha respondido con una de las interpretaciones de conjunto más coherentes en su monumental historia de las ideas capitales de nuestra cultura, denominada la *Historia crítica del pensamiento español*.

En 1975 Abellán no compartía el general pesimismo ante las preguntas, de si podía considerarse hoy a España un pueblo creador de cultura, o solo resulta meramente un país receptor de lo que se hace fuera.

La cuestión de si existe hoy una cultura española.

La valoración positiva de nuestra Edad de Plata cultural, por decirlo con Mainer, que se extiende desde el Regeneracionismo hasta la Generación del 36, como también el reconocimiento de su continuidad en la “cultura española en el exilio”, le llevan a dar una respuesta afirmativa y optimista ante el futuro de nuestra cultura.

La dedicación plena de este profesor a la cultura española enraíza en esa convicción optimista, que siente necesaria una cierta continuidad. Los científicos, filósofos, pintores, escultores, arquitectos, cineastas, etcétera, del exilio español, tanto exterior como interior, le llevan a seguir creyendo en la proyección universal de nuestra cultura.

Este optimismo ante el futuro de nuestra cultura común, no pierde de vista los procesos de absorción y abandono, que la rodean desde fuera y la vacían desde dentro. En cualquier caso, considera necesario el apoyo decidido del Estado, con políticas culturales capaces de crear un microclima favorable a nuestra producción cultural.

En su *Historia crítica del pensamiento español, (Del doctrinarismo al auge de las nacionalidades)*, Abellán estudia de manera personal, aleatoria y con un talante conciliador la historia de los nacionalismos periféricos y los procesos de diferenciación cultural. Sin embargo, este hispanismo conciliador adolece de las limitaciones metodológicas inherentes a la historia de las ideas; por otra parte, su contribución a la construcción de una cultura común es limitada por el carácter acrítico de su tratamiento y porque carecemos de un marco cultural común, ganado desde un diálogo vivo con los representantes de la diferencia cultural.

El profesor Trías Mercant, que ha escrito una historia del pensamiento en Mallorca, y se ha interesado en varios artículos por las antropologías diferencialistas, ha estado inmerso en el proceso de regionalización de la cultura en Mallorca. Su posición diferencialista rechaza no sólo el humanismo clásico, que proclama la unidad de la naturaleza humana, sino también la Antropología Estructural de Levy-Strauss, que se propone unificar el discurso disperso de las ciencias humanas desde el modelo lingüístico estructural, relegando con ello el pluralismo de las literaturas regionales. Se opone a todo etnocentrismo, tanto el que mira a los otros pueblos como reflejo de diferencias jerarquizadas y desde el centro de la propia identidad cultural, como el que considera la identidad cultural tan extremadamente única, que la convierte en una diferencia radical y niega a los otros el derecho a la diferencia.

Contra esto el discurso diferencialista promueve el diferir, la lucha por diferir, la diferenciación que libra a la diferencia de identificaciones con identidades excéntricas, para diferenciarse en su propia identidad, en su propio tiempo y espacio, en su propia cualidad de lo espontáneo y auténtico, de lo que acontece de manera inmediata. Para Trías lo que diferencia e identifica es lo autóctono, la lengua propia, las adhesiones primordiales, la sensibilidad del pueblo, “el sentimiento de destino común” (concepto que parece una reminiscencia del concepto orteguiano de nación).

Estas consideraciones antropológicas nacen y se refieren a la situación sociocultural concreta de las Baleares. En efecto, este profesor siente que la cultura autóctona de las Islas Baleares es la cultura catalana y se pronuncia en favor de la lucha por la unidad de las Islas, que la cultura española, centralista y colonizadora, junto con otros intereses económicos extraños, habría contribuido a atomizar y mantener atomizada. Hay que luchar por la confederación de las Islas que formarían el Reino de Mallorca, que es parte de los Paisos Catalans, patria natural por ser tierras de lengua común. La lengua española no sería una lengua común, sino una lengua extraña e impuesta.

En su Historia del pensamiento en Mallorca se considera al lulismo como tradición filosófica propia de la cultura mallorquina-catalana. En

esta historia del pensamiento, no se hace una exposición académica de la historia de la filosofía en las islas, sino más bien una historia general de las ideas y de la cultura en su contexto social.

En el debate por la reforma de las humanidades dentro del sistema educativo español, el Profesor Emilio Lledó criticó la instrumentalización de la tecnocultura por parte del poder político, en sus campañas de pedagogía social y de imagen de modernidad, y replanteó la necesidad de volver a una cultura humanística de raíz filosófica, que reponga el sentido de toda la acción humana en el hombre y en la historia de su logos (antropología hermeneútica). El ser de la cultura es histórico y gana su sentido en el desarrollo temporal del logos. La experiencia histórica del logos es la fuente del sentido, por lo que esta cultura filosófica ve la filosofía en el tiempo, la ve como historia del logos. La experiencia histórica del logos se remonta a los griegos y en el momento presente se sabe heredera de la Ilustración. Esta filosofía toma al individuo ilustrado como medida de todas las cosas y se entiende como hermenéutica, en sintonía con las filosofías hermenéuticas postheideggerianas.

Aunque el imperio del momento económico tecnológico excluye cualquier intento de radicalización filosófica de la cultura, el profesor Lledó intenta construir desde la hermenéutica histórica un sentido antropológico, capaz de ejercitar la crítica de la deshumanización en la tecnocultura y en la educación para la técnica.

